

LOS CUADERNOS DE TAIZÉ
10

Cardenal Walter Kasper

Hermano Alois

Hermano Roger,
fundador de Taizé

Dos miradas sobre su vida

El Hermano Roger, símbolo del ecumenismo espiritual

Han pasado varios años desde el fallecimiento trágico del hermano Roger, el fundador de Taizé. Usted mismo fue a presidir sus exequias. ¿Quién era para usted?¹

Su muerte me conmocionó mucho. Estaba en Colonia por la Jornada Mundial de de Juventud cuando nos enteramos del fallecimiento del hermano Roger, víctima de un acto violento. Su muerte me recordaba las palabras del profeta Isaías sobre el Servidor del Señor: «Maltratado, se humilla, no abre la boca, como un cordero llevado al matadero, como una oveja ante los que la esquilan» (Isaías 53,7). Durante toda su vida, el hermano Roger siguió el camino del Cordero: por su dulzura y su humildad, por su rechazo a todo acto de grandeza, por su decisión de no hablar mal de nadie, por su deseo de llevar en su propio corazón el dolor y las esperanzas de la humanidad. Pocas personas de nuestra generación han encarnado con tanta transparencia el rostro humilde de Jesucristo. En una época turbulenta para la Iglesia y para la fe cristiana, el hermano Roger era una fuente de esperanza reconocida por muchos, incluido yo mismo.

¹ Presidente en Roma del Pontificio Consejo para la promoción de la unidad los cristianos, el cardenal Kasper concedió esta entrevista al «Osservatore Romano» el 15 de agosto de 2008.

Como profesor de teología y después como Obispo de Rottenburg-Stuttgart, siempre animé a los jóvenes a pasar unos días en Taizé durante el verano. Veía cómo esa estancia cerca del hermano Roger y de la Comunidad les ayudaba a conocer mejor y a vivir la Palabra de Dios, con alegría y simplicidad. Todo esto lo sentí más cuando presidí la liturgia de su funeral en la gran iglesia de la Reconciliación en Taizé.

¿Cuál es, bajo su punto de vista, la contribución propia del hermano Roger y de la Comunidad de Taizé al ecumenismo?

La unidad de los cristianos era verdaderamente uno de los deseos más profundos del prior de Taizé, igual que la división de los cristianos fue para él una auténtica fuente de dolor y de tristeza. El hermano Roger era un hombre de comunión, que no llevaba bien ninguna forma de antagonismo o de rivalidad entre personas o comunidades. Cuando hablaba de la unidad de los cristianos y de sus encuentros con representantes de diferentes tradiciones cristianas, su mirada y su voz mostraban con qué intensidad de caridad y de esperanza deseaba que «todos sean uno». La búsqueda de la unidad era para él como un hilo conductor hasta las decisiones más concretas de cada día: acoger con alegría toda acción que pueda acercar a los cristianos de tradiciones distintas, evitar toda palabra o gesto que pudiera retrasar su reconciliación. Practicaba este discernimiento con una atención que rozaba la meticulosidad. En esta búsqueda de la unidad, sin embargo, el hermano Roger no tenía prisa ni estaba nervioso. Conocía la paciencia de Dios en la historia de la salvación y

la historia de la Iglesia. Nunca hubiera realizado actos inaceptables para las Iglesias, nunca hubiera invitado a los jóvenes a separarse de sus pastores. Más que el desarrollo rápido del movimiento ecuménico, buscaba su profundidad. Estaba convencido que sólo un ecumenismo alimentado por la palabra de Dios, la celebración de la Eucaristía, la oración y la contemplación sería capaz de reunir a los cristianos en la unidad deseada por Jesús. En este ámbito del ecumenismo espiritual es donde me gustaría colocar la importante contribución del hermano Roger y de la Comunidad de Taizé.

El hermano Roger describió a menudo su evolución ecuménica como una «reconciliación interior de la fe de sus orígenes con el misterio de la fe católica, sin ruptura de comunión con nadie». Ese recorrido no se enmarca en las categorías habituales. Tras su muerte, la comunidad de Taizé ha desmentido los rumores de una conversión secreta al catolicismo. Esos rumores nacieron, entre otras cosas, porque se le vio comulgar a manos del Cardenal Ratzinger durante las exequias del Papa Juan Pablo II. ¿Qué le parece la afirmación según la cual el hermano Roger se habría vuelto «formalmente» católico?

Viniendo de una familia protestante, el hermano Roger había realizado estudios de teología y se había ordenado pastor en esta misma tradición protestante. Cuando hablaba de la «fe de sus orígenes» se refería a ese bello conjunto de catequesis, devoción, formación teológica y testimonio cristiano recibidos en la tradición protestante. Compartía ese patrimonio con todos sus hermanos y hermanas de adhesión protestante, con los que siempre

se ha sentido profundamente unido. Desde sus primeros años de pastor, sin embargo, el hermano Roger buscó igualmente alimentar su fe y su vida espiritual con las fuentes de otras tradiciones cristianas, cruzando así ciertos límites confesionales. Decía ya mucho de esta búsqueda su deseo de seguir una vocación monástica y fundar, con esta intención, una nueva comunidad monástica con Cristianos de la Reforma.

A lo largo de los años, la fe del prior de Taizé se fue enriqueciendo progresivamente del patrimonio de fe de la Iglesia Católica. Según su propio testimonio, entendía algunos aspectos de la fe mediante el misterio de la fe católica, como el papel de la Virgen María en la historia de la salvación, la presencia real de Cristo en los dones eucarísticos y el ministerio apostólico en la Iglesia, incluido el ministerio de unidad ejercido por el Obispo de Roma. Como respuesta, la Iglesia Católica había aceptado que comulgara en la eucaristía, como hacía cada mañana en la gran iglesia de Taizé. Igualmente, el hermano Roger recibió la comunión en múltiples ocasiones de manos del Papa Juan Pablo II, al que le unía una amistad desde los tiempos del Concilio Vaticano II, y que conocía bien su evolución en la fe católica. En este sentido no había nada secreto o escondido en la actitud de la Iglesia Católica, ni en Taizé ni en Roma. En el momento de los funerales del Papa Juan Pablo II, el Cardenal Ratzinger no hizo más que repetir lo que ya se hacía antes en la Basílica de San Pedro en la época del difunto Papa. No había nada nuevo o premeditado en el gesto del Cardenal.

En una alocución al Papa Juan Pablo II, en la Basílica de San Pedro, durante el Encuentro Europeo de

Jóvenes en Roma de 1980, el prior de Taizé describió su propia evolución y su identidad de cristiano con estas palabras: «Encontré mi propia identidad cristiana reconciliando en mi mismo la fe de mis orígenes con el misterio de la fe católica, sin ruptura de comunión con nadie». En efecto, el hermano Roger nunca había querido romper con «nadie», por razones que estaban esencialmente ligadas a su propio deseo de unión y a la vocación ecuménica de la Comunidad de Taizé. Por esta razón, prefería no utilizar ciertos términos como «conversión» o adhesión «formal» para calificar su comunión con la Iglesia Católica. En su conciencia, había entrado en el misterio de la fe católica como alguien que crece, sin deber «abandonar» o «romper» con lo que había recibido o vivido antes. Se podría hablar mucho del sentido de ciertos términos teológicos o canónicos. Sin embargo, por respeto a la evolución en la fe del hermano Roger, sería preferible no aplicar a su persona categorías que él mismo juzgaba inapropiadas para su experiencia y que además la Iglesia Católica no ha querido nunca imponerle. Incluso en esto, las palabras del propio hermano Roger deberían bastarnos.

¿Ve usted vínculos entre la vocación ecuménica de Taizé y el peregrinaje de decenas de miles de jóvenes a ese pequeño pueblo de Borgoña? En su opinión, ¿son los jóvenes sensibles a la unidad visible de los cristianos?

En mi opinión, el hecho de que cada año miles de jóvenes encuentren todavía el camino a la pequeña colina de Taizé es verdaderamente un don del Espíritu Santo a la Iglesia

de hoy. Para muchos de ellos, Taizé representa el primer y principal lugar donde pueden encontrar jóvenes de otras Iglesias y Comunidades eclesiales. Me siento feliz de ver que los jóvenes que llenan cada verano las tiendas y las carpas de Taizé vienen de distintos países de Europa occidental y oriental, algunos de otros continentes, que pertenecen a diferentes comunidades de tradición protestante, católica u ortodoxa y que vienen a menudo acompañados por sus propios sacerdotes o pastores. Muchos de los jóvenes que llegan a Taizé vienen de países que han conocido la guerra civil o violentos conflictos internos, con frecuencia en un pasado todavía reciente. Otros vienen de regiones que han sufrido durante varias décadas el yugo de una ideología materialista. Además hay otros, quizá la mayoría, que viven en sociedades profundamente marcadas por la secularización y la indiferencia religiosa. En Taizé, durante los momentos de oración y de reflexión bíblica, redescubren el don de comunión y de amistad que solamente el Evangelio de Jesucristo puede ofrecer. Escuchando la Palabra de Dios, descubren también la riqueza única que les fue dada por el sacramento del bautismo. Sí, creo que muchos jóvenes se dan cuenta del verdadero desafío que supone la unidad de los cristianos. Saben cuánto puede pesar todavía la carga de las divisiones sobre el testimonio de los cristianos y sobre la construcción de una nueva sociedad. En Taizé encuentran una «parábola de comunidad» que ayuda a superar las fracturas del pasado y a mirar un futuro de comunión y de amistad. De vuelta a casa, esta experiencia les ayuda a crear grupos de oración y de encuentro en su propio contexto de vida, para alimentar ese deseo de unidad.

Antes de presidir el Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos, ha sido Obispo de Rottenburg-Stuttgart y, como tal, acogió en 1996 un Encuentro Europeo de Jóvenes organizado por la Comunidad de Taizé. ¿Qué aportan estos encuentros de jóvenes a la vida de las Iglesias?

Ese encuentro fue, efectivamente, un momento de gran alegría y profundidad espiritual para la Diócesis y sobre todo para las parroquias que acogieron a los jóvenes provenientes de diferentes países. Estos encuentros me parecen tremendamente importantes para la vida de la Iglesia. Muchos jóvenes, como le decía, viven en sociedades secularizadas. Les resulta difícil encontrar compañeros de camino en la fe y la vida cristiana. Son pocos los espacios para profundizar y celebrar la fe, con alegría y serenidad. Las Iglesias locales tienen a veces dificultades para acompañarles adecuadamente en su crecimiento espiritual. Por ello, los grandes encuentros como los organizados por la Comunidad de Taizé responden a una verdadera necesidad pastoral. Es cierto que la vida cristiana tiene necesidad de silencio y de soledad, como decía Jesús «Cierra la puerta y dirige la oración a tu Padre, que habita en lo secreto» (Mateo 6,6). Pero también tiene necesidad de compartir, de encuentro, de intercambio. La vida cristiana no se vive en aislamiento, al contrario. A través del bautismo, pertenecemos al mismo y único cuerpo de Cristo resucitado. El Espíritu es el alma y el aliento que anima ese cuerpo, que le hace crecer en santidad. Por otra parte, los Evangelios hablan con frecuencia de una gran multitud que venía, a menudo, desde muy lejos para ver y escuchar a Jesús y para ser curados por él.

Hoy los grandes encuentros se inscriben en esta misma dinámica. Permiten a los jóvenes comprender mejor el misterio de la Iglesia como comunión, escuchar juntos la palabra de Jesús y confiar en él.

El Papa Juan XXIII denominó a Taizé como una «pequeña primavera». Por su parte, el hermano Roger decía que el Papa Juan XXIII era el hombre que más le había marcado. En su opinión, ¿por qué el Papa que tuvo la intuición del Concilio Vaticano II y el fundador de Taizé se apreciaban tanto?

Cada vez que me encontraba con el hermano Roger, me hablaba mucho de su amistad con el Papa Juan XXIII primero, y después con el Papa Pablo VI y el Papa Juan Pablo II. Me contaba, siempre con gratitud y con una gran alegría, los numerosos encuentros y conversaciones que había tenido con ellos a lo largo de los años. Por un lado, el prior de Taizé se sentía muy cercano de los Obispos de Roma en su preocupación por conducir la Iglesia de Cristo por las vías de la renovación espiritual, de la unidad de los cristianos, del servicio a los pobres, del testimonio del Evangelio. Por el otro, se sentía profundamente comprendido y apoyado por ellos en su propio desarrollo espiritual y en la orientación que tomaba la joven Comunidad de Taizé. La conciencia de actuar en armonía con el pensamiento del Obispo de Roma era para él como una brújula en todas sus acciones. Nunca hubiera tomado una iniciativa que supiera que sería contraria al criterio o a la voluntad del Obispo de Roma. Además, la misma relación de confianza continúa hoy

con el Papa Benedicto XVI que pronunció palabras muy emotivas por la muerte del fundador de Taizé, y que recibe cada año al hermano Alois en audiencia privada. ¿De donde venía esa estima recíproca entre el hermano Roger y los Obispos sucesivos de Roma? Sin duda, tiene su raíz en lo humano, en las ricas personalidades de estos hombres. En definitiva, diría que viene del Espíritu Santo que es coherente en lo que inspira en el mismo momento a diferentes personas, por el bien de la Iglesia única de Cristo. Cuando habla el Espíritu Santo, todos comprenden el mismo mensaje, cada uno en su propia lengua. El verdadero artesano de la comprensión y de la fraternidad entre discípulos de Cristo es él, el Espíritu de comunión.

Usted conoce bien al hermano Alois, el sucesor del hermano Roger. ¿Cómo ve el futuro de la comunidad de Taizé?

Aunque nos habíamos encontrado anteriormente, fue sobre todo después de la muerte del hermano Roger que he aprendido a conocer mejor al hermano Alois. Unos años antes, el hermano Roger me había confiado que todo estaba previsto para su sucesión el día que fuera necesario. Él estaba feliz con la perspectiva de que el hermano Alois tomara el relevo. ¿Quién habría podido imaginar que esta sucesión iba a tener que hacerse en una sola noche, tras un inconcebible acto de violencia? Lo que me sorprende desde entonces es la absoluta continuidad en la vida de la Comunidad de Taizé y en la acogida a los jóvenes. La liturgia, la oración y la hospitalidad continúan

con el mismo espíritu, como un canto que nunca se ha interrumpido. Lo que dice mucho, no solamente de la persona del nuevo prior sino también, y sobre todo, de la madurez humana y espiritual de toda la Comunidad de Taizé. La que ha heredado el carisma del hermano Roger es la Comunidad en su conjunto, que sigue viviéndolo e irradiándolo. Conociendo a las personas, tengo plena confianza en el futuro de la Comunidad de Taizé y en su compromiso con la unidad de los cristianos. Esta confianza me viene igualmente del Espíritu Santo, que no suscita carismas para abandonarlos a la primera ocasión. El Espíritu de Dios, que es siempre nuevo, trabaja en la continuidad de una vocación y de una misión. Él es el que va a ayudar a la Comunidad a desarrollar su vocación, en fidelidad al ejemplo que el hermano Roger le dejó. Las generaciones pasan, el carisma permanece, porque es don y obra del Espíritu. Me gustaría terminar repitiendo al hermano Alois y a toda la Comunidad de Taizé mi gran estima por su amistad, su vida de oración y su deseo de unidad. Gracias a ellos, el dulce rostro del hermano Roger nos sigue siendo familiar.

La bondad humana, reflejo de la bondad de Dios

A medida en que el Hermano Roger se hacía mayor, la palabra bondad tomaba aún más importancia para él². Le gustaba citar a San Basilio para quien la bondad humana era un reflejo de Dios; imagen de Dios en el hombre.³

Cuando, hace ya mucho tiempo, me pidió que me preparase para asumir tras él la responsabilidad de la comunidad, no me dio ninguna directriz; no me dijo como debería ejercer este cargo, pero dejó estas palabras: «Tanto para el prior, como para sus hermanos, el discernimiento, el espíritu de misericordia y una inagotable bondad de corazón son dones irremplazables»⁴. Por esto hay una oración que me gusta decir: «Que tu aliento de bondad me guíe»⁵. Impulsados por este aliento es como podemos avanzar.

² Este texto fue escrito a petición de la revista *Comunio*, que la publicó en su número de marzo-abril de 2008

³ «Tu te haces parecido a Dios en la medida en que ganas en bondad. Hazte con un corazón de misericordia y de benevolencia, para revestir a Cristo». San Basilio, Siglo IV, *Sobre el origen del hombre*. Sources chrétiennes 160, Le Cerf, Paris 1970, p. 209).

⁴ Hermano Roger. *Las Fuentes de Taizé - Dios nos quiere felices / 2003 / PPC Editorial*

⁵ Salmo 143,10

La imagen de Dios como un juez severo ha causado graves daños en la conciencia de muchos. El Hermano Roger tomó la dirección totalmente contraria a esta concepción diciendo: «Dios solo puede amar». Dios ama sin condiciones: es indispensable transmitírsele especialmente a una joven generación en la que las defensas bloquean el camino hacia un Dios de amor.

Un día, el teólogo ortodoxo Olivier Clément nos dijo que, a su parecer, esta insistencia del Hermano Roger sobre el amor de Dios había marcado el final de una larga época en la que, dentro de las diferentes confesiones cristianas, se temía a un Dios que castigaba.

El Hermano Roger se atrevió a expresar el amor de Dios tan fuertemente porque él se apoyaba en aquellos pensadores que le habían precedido. No puedo olvidar como se ilumino de felicidad cuando descubrió estas palabras de Isaac de Nínive (siglo VII) «Dios no puede más que darnos su amor»⁶. Quiso entonces que se hiciese con ellas una canción de Taizé.

Podemos encontrar también otras páginas admirables en la Carta a Diogneto, en Ireneo⁷, Francisco de Sales, en escritores como Dostoievski o en teólogos como Karl Barth que ha redescubierto el universalismo cristiano de ciertos Padres de la Iglesia. Pero de nuevo resurge el miedo a Dios, que viene a ocultar la fuerza de estos testimonios.

⁶ Citado por Olivier Clément en *Taizé, un sens à la vie*, Bayard-Centurion, Paris, 1997, p. 98

⁷ Ireneo de Lyon afirmó la bondad del hombre y de toda la creación frente al pesimismo agnóstico.

Durante su juventud el Hermano Roger conoció a cristianos que pensaban que el Evangelio imponía pesadas cargas a los creyentes, por esta razón hubo un periodo de tiempo en el que vivir la fe se le hizo difícil. A lo largo de toda su vida la confianza en Dios fue una lucha. Pero su madre permaneció como referencia. Ella decía que le bastaban las palabras de San Juan «Dios es amor»⁸. Y ella fue totalmente coherente con ellas y fue para los suyos un testimonio de la bondad de corazón.

El Hermano Roger fue siempre muy sensible a la hora de escoger las lecturas bíblicas de nuestra oración común: ¿Habrà quien se desconcierte con un texto poco accesible? Pedía que solamente se escogiesen lecturas que permitiesen llegar a la sustancia del Evangelio; el amor infinito de Dios, dejando para el estudio en pequeños grupos algunos textos más difíciles.

Él poseía el don de transmitir el amor de Dios a los demás. A cuantas personas habrá comunicado esta certeza: eres amado por Dios tal y como tu eres, y Él está por siempre cerca de ti.

Por supuesto esta actitud no se puede confundir con un camino fácil que elimina cualquier exigencia. Él nunca quiso construir una imagen de Dios hecho a nuestra medida; un Dios que estuviese al servicio de nuestro bienestar. Pero él quiso arriesgarse a expresar su esperanza: la bondad de Dios tendrá la última palabra en la vida de cada ser humano.

Recuerdo la Pascua de 1973. Muy joven, vine a Taizé junto a otros a celebrar la Resurrección. Muchos quedaron impresionados por las palabras del Hermano Roger

⁸ 1Juan 4,16

que comentaba la carta de Pablo a los Romanos: «¿Quién podrá condenarnos si es Jesús el Resucitado quien intercede por nosotros?»⁹

Arriesgarse a la bondad

Descubrir la bondad de Dios nos lleva despertar la bondad en nuestra propia vida. La palabra de Dios esta viva: escuchar la llamada del Evangelio a la bondad, dejar entrar esta llamada en nuestros oídos desencadena un cambio en nuestros corazones; somos atraídos por esta llamada y nuestra voluntad disfruta respondiendo.

El Hermano Roger vivió él mismo esta experiencia. Siendo joven quedó impresionado por un texto del profeta Miqueas: «Esto es lo que el Señor espera de ti: que actúes con justicia, que ames la bondad y que te esfuerces en caminar junto a tu Dios»¹⁰. Él comprendió que la bondad de Dios llamaba a la nuestra. «Uno solo es bueno»¹¹. Nuestra bondad no encuentra su manantial en nosotros mismos. Le falta algo; remite a un absoluto, a una bondad mas grande. Su esencia es ser signo de la bondad de Dios.

Durante su adolescencia el Hermano Roger padeció un periodo de enfermedad: la tuberculosis pulmonar, que en aquella época a menudo conducía a la muerte. Durante su convalecencia, los paseos en solitario ayudaron a madurar la vocación. Y siempre la misma llamada a la bondad le trabajaba por dentro: «Estos años de en-

⁹ Romanos 8,34. El Hermano Roger retomó esta meditación en "Vivir lo inesperado", 1977, Editorial Herder, Barcelona

¹⁰ Miqueas 6,8

¹¹ Marcos 10,18

fermedad me han permitido comprender que la fuente de la bondad no está ni en los dones que dan prestigio ni en las grandes capacidades, sino en la humilde actitud de darse uno mismo para comprender a los otros con la bondad del corazón¹².

Aquí se encuentra uno de los orígenes del dinamismo con la que él fundó nuestra comunidad: «Nunca me ha abandonado la intuición de que la vida en comunidad podría ser un signo de que Dios es amor. Poco a poco crecía en mi la convicción de que era esencial crear una comunidad con hombres decididos a dar toda su vida: una comunidad donde la bondad de corazón y la simplicidad fuesen el centro de todo».¹³

Esta convicción era tan fuerte que, en su opinión, nuestra comunidad no debía comportar nada más que una estructura mínima, para que esta descansase primordialmente sobre el cuidado y el amor fraternos.

Bondad y simplicidad

Cuando la bondad y la simplicidad se asocian, crean esperanza. Así lo constatamos tanto al acoger a millares de jóvenes como yendo a compartir la vida con los más pobres en los diversos continentes. La bondad, unida a la simplicidad de corazón, se vuelve hacia los despojados, hacia los que sufren, hacia el dolor de los niños.

La hospitalidad despierta la bondad. Cuando preparamos un encuentro de jóvenes en una ciudad, invitamos a miles de familias a acoger a uno o más jóvenes que no

¹² Hermano Roger, *Dios solo puede amar*, 2002, PPC Editorial

¹³ Hermano Roger, *Dios solo puede amar*, 2002, PPC Editorial

conocen, y que puede que no hablen la misma lengua. Y vemos que hace falta muy poco para que se manifieste la bondad presente en el corazón de tantas mujeres y hombres.

Mientras que la severidad es un obstáculo para la fe, la bondad le abre la puerta. La bondad sorprende, provoca la fascinación. Se abre un nuevo horizonte, un «mas allá» de las pruebas de la vida, del sufrimiento de los inocentes, de las injusticias, también de las durezas de una sociedad del bienestar que esconde tantas miserias materiales y espirituales. Tal experiencia puede hacer nacer la elección de la confianza en Dios.

Más de una vez pude hablar con Geneviève, la última de las siete hermanas del Hermano Roger, que murió en el año 2007 a los 95 años de edad. El parecido con su hermano era sorprendente: evitar cualquier palabra dura, cualquier juicio definitivo. Sin duda estos rasgos de carácter tienen su reverso. Pero el Hermano Roger pudo poner este don natural al servicio del Evangelio. Y nosotros los hermanos sabemos que esto lo condujo a veces hasta los límites que una persona puede resistir.

Bondad y gratuidad

La gratuidad es otra expresión de la bondad. Dios nunca se impone; en Él no hay violencia¹⁴. Él ha querido que el ser humano ame libremente. En las relaciones personales, esta misma gratuidad juega un papel esencial; da

¹⁴ «No hay violencia en Dios. Dios ha enviado a Cristo no para acusarnos, sino para que le pidamos auxilio, no para juzgarnos, sino porque nos ama». (Lettre à Diognète, IIe siècle, *Les Pères Apostoliques*, Foi Vivante, Cerf, Paris 1990, p. 328).

al otro su propia libertad. Esto no es de ningún modo pasividad, sino dejar al Espíritu Santo actuar en el otro.

La gratuidad es desprendimiento. El Hermano Roger a menudo nos recordaba que nosotros los hermanos no éramos maestros de espiritualidad sino hombres de escucha. Si tantos jóvenes continuaban viniendo a Taizé tras su muerte, es porque comprendieron que, como Juan el Bautista, el Hermano Roger no apuntaba a sí mismo, sino que señalaba la presencia de Dios.

Los jóvenes saben que nuestra comunidad quisiera ofrecer primordialmente un lugar donde buscar a Dios. Muchos nos dicen: «Cuando venimos aquí nos sentimos como en nuestro hogar».

Es esencial que los jóvenes se sientan libres, sin ser acaparados de ninguna manera; ni pastoralmente ni afectivamente. Por supuesto, ellos buscan amistad y nosotros se la ofrecemos en la medida de lo posible. Pero esto exige un discernimiento por nuestra parte para dejarles un espacio libre por donde avanzar hacia Dios.

Dentro de este mismo espíritu de gratuidad, nunca hemos querido agrupar a los jóvenes formando un movimiento alrededor de nuestra comunidad. Durante su visita en 1986 el Papa Juan Pablo II lo explicó a los jóvenes con palabras que nos emocionaron: «...Se pasa por Taizé como se pasa junto a una fuente. El viajero se detiene, sacia su sed, y continúa su camino. Los hermanos de Taizé no quieren retenerlos. Quieren, en la oración y en el silencio, permitirlos beber del agua viva prometida por Cristo, discernir su presencia, responder a su llamada y después de regreso, ser testigos de su amor en vuestras parroquias, escuelas, universidades y en todos vuestros lugares de trabajo».

Es la misma gratuidad que viven nuestros hermanos que comparten su vida con los más pobres de los barrios olvidados de África, Asia o de América Latina. Están allí sin otro objetivo que el de ser testigos del Amor de Dios por cada uno, y especialmente por los más abandonados. Su presencia quiere ser un signo de que es posible superar los abismos entre las diferentes culturas. El no buscar en primer lugar sacar adelante un proyecto permite ser una presencia de bondad totalmente gratuita. Nacen de este modo iniciativas concretas que nunca podríamos haber imaginado.

Algunos testimonios que nos han apoyado

Algunas personas nos han apoyado en este camino

El buen papa Juan

El Hermano Roger a menudo hablaba de la marca que en él había dejado Juan XXIII. Este papa ha podido ser la persona a la que él más veneró sobre la tierra. ¿Por qué? En él se transparentaba la misericordia de Dios: «Juan XXIII veía en su interlocutor la imagen de Dios. El discernía en el otro lo mejor; la pureza de intención. Solamente la compasión permite ver al otro tal y como es. Una mirada de amor discierne en cada uno la profunda belleza del alma humana».¹⁵

Juan XXIII dio un lugar destacado a la bondad. Se tomaba a veces como ingenuidad y el sufría con ello. Lejos de ser ciega, la bondad supone un combate interior, y

¹⁵ Estas líneas figuran entre las notas que el Hermano Roger dejó a su muerte: el preparaba entonces un nuevo libro en el cual habría habido un capítulo sobre Juan XXIII

es consciente de la parte sombría que existe, tanto en los otros, como en nosotros mismos.

El Hermano Roger compartía con Juan XXIII una visión positiva del ser humano. El uno y el otro nos invitaban a dejar que nuestra mirada se transformase: «Dios nos invita a caminar conservando en el fondo del alma la chispa de la bondad, que solamente desea convertirse en llama»¹⁶

Para el Hermano Roger, buscar el mantener viva la bondad de corazón en la comunidad era de un valor inestimable: «Puede que este sea uno de los mas claros reflejos de la belleza de la comunión»¹⁷

Y aquello que es cierto para una pequeña comunidad lo es también para la Iglesia. Para el Hermano Roger «comunión» era uno de los nombres mas bellos de la Iglesia. En ella no debería haber lugar para los juicios recíprocos: «Cuando, incansablemente, la Iglesia escucha, sana, reconcilia... se convierte en lo mas luminoso que hay en ella misma, una comunión de amor, de compasión, de consuelo, nítido reflejo de Cristo resucitado. Jamás distante, jamás a la defensiva, liberada de severidades, puede irradiar la humilde confianza de la fe hasta el interior de nuestros corazones humanos.»¹⁸

El alma rusa

El Hermano Roger amaba a la Iglesia Ortodoxa Rusa. A causa de las pruebas que los cristianos de esta Iglesia debieron atravesar, profesaba un respeto incondicional hacia

¹⁶ Hermano Roger, *Carta Hacia las fuentes de la alegría*, Encuentro europeo de Hamburgo, 2003

¹⁷ Hermano Roger, *Carta Hacia las fuentes de la alegría*, Encuentro europeo de Hamburgo, 2003

¹⁸ Hermano Roger, *En ti la paz - Meditaciones para cada día del año / 2008 / San Pablo, España*

ellos: «Han sabido amar y perdonar. La bondad de corazón es para muchos de entre ellos una realidad vital».¹⁹

Dostoïevski sabía que los caminos de la reconciliación se abren cuando tomamos conciencia del tesoro de bondad escondido en nosotros mismos: «Si cada uno descubriese cuanta sinceridad, lealtad, alegría de corazón, deseo de bien... se esconden en uno mismo, podría al instante hacer felices a todos».²⁰

Un artículo sobre San Serafín de Sarov, que el padre Boulgakov escribió en 1933, muestra como, si bien los duros acontecimientos en Rusia parecían confirmar el pesimismo sobre el hombre, la memoria de Serafín permite creer en la bondad innata de cada ser humano. A la resignación de aquellos que afirman: «El hombre es un lobo para el hombre» se contraponen la versión del santo: «El hombre es fuente de alegría para su prójimo». Serafín saludaba a cada peregrino con las palabras: «Tu eres mi alegría». Y continuaba: «Cristo ha resucitado». Porque esta es la luz del Resucitado que muestra la bondad de la que el hombre es capaz.

Edmond Michelet

Al ministro francés Michelet le gustaba venir a Taizé y un vínculo de corazón lo unía profundamente al Hermano Roger. He comprendido mejor el porqué leyendo La calle de la Libertad, el libro donde relata su experiencia como deportado en campo de concentración de Dachau.

A mediados del siglo XX, ¿se podía ya entonces afirmar la bondad del hombre depositada en él por un Dios bueno? Si, Michelet podía afirmarlo, y tenía esto en común con el

¹⁹ Hermano Roger, *Dios solo puede amar*, 2002, PPC Editorial

²⁰ Pierre Pascal, *Dostoïevski l'homme et l'œuvre, L'Age d'homme*, Lausanne, 1970

Hermano Roger. Tras años de sufrimientos inimaginables, Michelet llegó a escribir estas asombrosas palabras: «Cada uno tiene derecho a extraer de su experiencia en el campo de concentración aquella conclusión que desee. En mi caso, es una lección de esperanza en el hombre la que yo quiero extraer de mi aventura. Quiero creer que la voluntad sincera de buscar, ante todo, aquello que puede devolver la confianza en las increíbles posibilidades del alma humana, es el único buen medio para superar una travesía como la que nosotros hemos conocido».²¹

Stanislas Lyonnet

A comienzo de los años 80, el jesuita Stanislas Lyonnet, que era profesor en Roma, vino en repetidas ocasiones a Taizé. Al Hermano Roger le gustaba escucharle afirmar la continuidad del amor de Dios a través de toda la Biblia. Con entusiasmo, el nos mostraba como el Nuevo Testamento era iluminado por el Antiguo. Nos hacía presente el anuncio de la nueva alianza en Jeremías y Ezequiel: Dios perdona y graba su voluntad no en losas de piedra, sino en los corazones humanos. Una libertad nueva se abre, más grande que aquella que consiste en saber diferenciar el bien del mal, y que lleva al creyente a hacer la voluntad de Dios como si fuese la suya propia.

El padre Lyonnet pensaba que la imagen de un Dios que castiga era el mayor obstáculo para la fe. El utilizaba expresiones paradójicas que sorprendían pero que no estaban dichas a la ligera: «En la Biblia, el temor de Dios es la confianza en Él»

²¹ Edmond Michelet, *Rue de la Liberté*, Le Seuil, Paris, 1955, réédition 2002, p. 247

Paul Ricoeur

Paul Ricoeur escribió ya en 1947 un primer artículo sobre Taizé. El Hermano Roger encontró junto a él un apoyo para su propio pensamiento, y en 2001 no vaciló en titular su libro «Dios solo puede amar» porque se podía apoyar en estas palabras del gran filósofo francés: «El único poder de Dios es el amor indefenso. Dios no quiere nuestro sufrimiento. De todo-poderoso, Dios ha pasado a ser «todo-amoroso». Dios no tiene otro poder que el amor y el dirigirnos, cuando sufrimos, una palabra de auxilio».²²

Y ¿por qué Paul Ricoeur venía a Taizé? «Necesito comprobar mi convicción de que, por muy radical que pueda ser el mal, no es tan profundo como la bondad. Si la religión, las religiones tienen sentido, es el de liberar el fondo de bondad de los hombres, el de ir a buscarlo allá donde se encuentre escondido. Es necesario liberar esta certeza; darle un lenguaje. Y el lenguaje que se le da en Taizé no es el de la filosofía, ni siquiera el de la teología, sino el de la liturgia. Para mi, la liturgia no es simplemente una práctica; es también un pensamiento».²³

La bondad de corazón hasta el último aliento: 16 de agosto de 2005

Aquella noche, durante la oración común, en una acción enfermiza, una joven pone fin a la vida del Hermano Roger. La Iglesia de la Reconciliación esta llena de miles de personas. Un joven español se precipita para intentar

²² Paul Ricoeur en Panorama N° 340, janvier 1999, p. 29

²³ Paul Ricoeur, « Libérer le fond de bonté », en Taizé, *au vif de l'espérance*, Bayard, Paris 2002, p. 205-207

intervenir. Observa una expresión de dolor en el rostro del Hermano Roger que se vuelve para ver quien le ha golpeado. Y este joven puede ver como, antes de perder el conocimiento, la mirada de dolor del Hermano Roger se transforma en una mirada de amor y perdón. Hasta en el último instante de su vida, el Hermano Roger volvió a ese valor del Evangelio que es la bondad de corazón.

Los miles de cartas, telegramas, correos electrónicos... que recibimos en los días posteriores, desde todos los continentes, fueron el testimonio de que este mensaje de amor y de bondad, sostenido por su vida y por su muerte, ha dejado su huella en una multitud de personas.

Nosotros comprendimos más profundamente que la bondad no era una palabra vacía, sino una fuerza capaz de transformar el mundo, porque a través de ella Dios trabaja. Frente al mal, la bondad de corazón es una realidad vulnerable. Pero la vida entregada del Hermano Roger es una prueba de que la paz de Dios y la confianza tendrán la última palabra sobre nuestra tierra.

Me gustaría terminar con esta oración que el Hermano Roger escribió y que tanto le gustaba pronunciar: «Dios que nos amas, la contemplación de tu perdón se convierte en resplandor de bondad en el humilde corazón que se confía a ti».